

DESDE LOS BORDES: RANCIÈRE Y LA DISPUTA ENTRE DISENSO RADICAL Y CONSENSO

FROM THE MARGINS: RANCIÈRE AND THE DISPUTE BETWEEN RADICAL DISSENSUS AND CONSENSUS

ISAAC CARBAJAL

Universidad Católica del Maule,
Chile

Isaac.carbajal@alumnos.ucm.cl

**SANTIAGO ULLAURI
BETANCOURT**

Universidad Hemisferios,
Ecuador

santiagou@uhemisferios.edu.ec

**NICOLÁS FUENTES
VALDEBENITO**

Fundación Instituto Profesional Duoc UC,
Chile

nicola.fuentesv@profesor.duoc.cl

Received: 02 Abr 2025

Accepted: 13 May 2025

Published: 26 Jun 2025

Corresponding author:

santiagou@uhemisferios.edu.ec



Resumen: Este artículo examina cómo Jacques Rancière aborda la tensión entre lo político y la política en su obra *En los bordes de lo político*, destacando la centralidad de los márgenes como espacios de disenso, interrupción y transformación democrática. Lo político, entendido como el ámbito de la contingencia y de los sujetos que irrumpen sin lugar previo, contrasta con la política institucionalizada, cuyo objetivo es estabilizar el orden social y administrar el conflicto. A partir de esta distinción, se profundiza en el valor epistemológico y emancipador del disenso, en oposición a las formas de consenso que tienden a clausurar la acción colectiva. Asimismo, este artículo amplía la reflexión rancieriana mediante un diálogo con el liberalismo político contemporáneo. Se exploran las ideas de John Rawls, Chantal Mouffe, Nancy Fraser y Bernard Williams, abordando las posibilidades y límites del consenso, la inclusión del antagonismo y la necesidad de justificación del poder. Este contrapunto permite pensar si el liberalismo puede reinventarse desde sus márgenes, aprendiendo del disenso en lugar de neutralizarlo. En ese sentido, se argumenta que una democracia vibrante no puede limitarse a gestionar la participación, sino que debe abrirse a formas no convencionales de acción política que emergen desde lo político. Finalmente, se sostiene que revitalizar la tensión entre lo político y la política –en lugar de resolverla– es clave para repensar las instituciones, recuperar la agencia ciudadana y rehacer el vínculo entre igualdad, justicia y participación. En los bordes, donde convergen el caos y la promesa, se encuentra el potencial de una democracia aún por imaginar.

Palabras clave: Bordes. Lo político. La política. Democracia. Contingencia. Liberalismo.

Abstract: This article examines how Jacques Rancière addresses the dynamic between the political and politics in his book *On the Shores of Politics*, exploring how margins and borders emerge as crucial spaces for democratic renewal. It argues that the political, understood as the site of contingency and disruptive potential, contrasts with institutionalized politics, which seeks to stabilize and regulate the social order. From this perspective, the borders present themselves as places where disorder and possibility converge, where genuine transformations occur by challenging established power structures. The metaphor of "turning one's back on the sea" encapsulates the idea that ignoring the political borders would mean losing sight of the transformative potential they hold. In these spaces, every grain of sand in the political arena tells a story of

resistance and change, highlighting the capacity of the political to articulate new forms of participation and collective action. Looking towards the borders not only allows for a better understanding of the complexity of democracy but also invites exploration of how diversity and disagreement can enrich political practice. Finally, it is argued that keeping the discussion on the borders of the political alive is crucial for nurturing a vibrant and adaptive democracy, free from consensus. These borders not only challenge established norms but also offer opportunities to innovate and reinvent our understanding of politics as a dynamic and ever-evolving process. It is a brief reading of Rancière for today's political landscape.

Keywords: Borders. The political. Politics. Democracy. Contingency.

1. Introducción

Contemplando el horizonte desde una solitaria playa, podemos darnos cuenta de que la verdadera esencia de lo político no estaba en el vasto océano de teorías y abstracciones, sino en la arena fina que rozan nuestros pies. “Dar la espalda al mar” se convierte así en la metáfora con la que Jacques Rancière inaugura su obra *En los bordes de lo político* (Rancière, 1990). Esta imagen captura un momento de revelación: la comprensión de que la política se forja en los detalles cotidianos, en los márgenes de la experiencia común. No es en el inmenso y distante océano donde encontramos las claves del cambio social, sino en los bordes de lo cotidiano, en las pequeñas fisuras del orden establecido. Rancière nos invita a volver la mirada hacia lo cercano, hacia esos bordes donde lo invisible se vuelve visible y lo insignificante se transforma en motor de transformación. En cada grano de arena, en cada acto de desacuerdo, yace la posibilidad de reconfigurar nuestro mundo, recordándonos que la política es un terreno vivo y dinámico, continuamente modelado por la interacción humana. Sin olvidar que venimos del mar.

Esta evocadora imagen no es solo un recurso estilístico, sino que encapsula una profunda reflexión sobre la naturaleza de la política y su relación con lo cotidiano. En Rancière (2007), la política no es un dominio aislado ni un escenario de grandes gestas, sino un espacio común donde se redistribuyen las sensibilidades y se reconfiguran las formas de ser y de actuar. Dar la espalda al mar también evoca el deseo de la política por el orden. El mar, en esta imagen, representa el desorden, el caos, la incertidumbre. Darle la espalda implica apartarse de todo eso y comenzar a construir sobre terreno firme. Comprender esta metáfora es esencial para desentrañar su visión de la política como un proceso continuo de disenso y reconfiguración del orden perceptual establecido, donde los bordes se convierten en el centro de la acción transformadora.

Los problemas de la política, la democracia y la igualdad llevan a Rancière a explorar los bordes mismos de lo político. En una sociedad donde la supervivencia y el lucro parecen haberse erigido como los únicos principios rectores, la política se ha reducido a una mera gestión de

intereses y recursos. Este panorama plantea un desafío fundamental: ¿Cómo puede lo política recuperar su dimensión emancipadora y su capacidad para cuestionar el orden establecido? Es precisamente en este contexto que la filosofía debe intervenir, no para ofrecer soluciones técnicas, sino para fundar una política distinta: una política de contingencia que transforme nuestra manera de entender el juego político.

Este interés hacia los bordes no solo se manifiesta claramente en los títulos de al menos tres de sus libros: *Aux bords du politique* (1990), *Les bords de la fiction* (2017), *En los bordes del cine* (2014), sino que también permite afirmar que su pensamiento se desarrolla en ese tránsito, en el espacio liminal. Según Soto (2020), “su preocupación no cesa de explorar las prácticas de repartición donde se marca la frontera entre lo que figura en un campo perceptivo y lo que permanece borroso e invisibilizado” (p. 45). Este enfoque se centra en los momentos de conflicto, en aquellos instantes en que se trazan estas demarcaciones; no en el cierre del consenso, sino en los periodos de indecisión e indeterminación que todo conflicto conlleva. Por esta razón, no sorprende que los tres conceptos principales sobre los que Rancière trabaja en este intervalo particularmente denso sean los de *configuración*, *reparto de lo sensible* y *regímenes de sensibilidad* (Soto, 2020).

En este marco, Rancière propone un enfoque tripartito que refleja diversos modos en los que se ha configurado la sensibilidad. En lugar de una partición histórica, ofrece un análisis de procedimientos que han estructurado maneras de sentir, hacer y pensar, determinando así las formas de inscripción del sentido de la comunidad. Al referirse a una configuración, Rancière no solo busca distanciarse de términos adoptados por la sociología o el estructuralismo, como “formación social” o “estructura”; para él, una configuración es principalmente “una máquina de poder y una máquina de visión” (Rancière, 2009, p. 13). Una configuración es un a priori histórico, un “espacio discriminante” (Ruby, 2010, p. 56), que refleja un recorte y repartición de funciones y valorizaciones en una sociedad, distribuyendo los espacios y los tiempos, y creando bordes ocupados por estas distribuciones espaciotemporales.

Por lo anterior, podemos considerar a Rancière como un pensador de la contingencia, alguien que no teme pensar ni se victimiza por el tiempo que le ha tocado vivir, sino que asume la responsabilidad de su época y su pensamiento. Al respecto, Cerletti (2003) señaló:

Rancière rompe, con la noción de ‘víctima’ (del sistema, de las condiciones de producción y reproducción, de la pobreza estructural, de la globalización etc.), ya que la supuesta víctima es alguien que piensa y decide, y no un mero cuerpo que debe ser alimentado o un ignorante que debe ser educado. (p. 307)

En este sentido, Rancière se inscribe en una tradición filosófica que reivindica la capacidad de los individuos para ejercer su agencia y reconfigurar el orden social. Su enfoque desafía las

concepciones tradicionales que relegan a ciertos grupos a la pasividad y la dependencia, insistiendo en la importancia de reconocer y fomentar la autonomía y la participación activa de todos los sujetos en la vida política (Castillo, 2021). Este enfoque no solo redefine el concepto de *política*, sino que también invita a una revaloración de la democracia y la igualdad, desplazándolas del borde hacia el centro del debate filosófico contemporáneo.

Por ende, debemos hacer parte de este camino y ser capaces de ver nuestro tiempo; escribir con la tinta que nuestro presente nos ofrece, sin olvidar el pasado. Entre el pasado y el ahora hay una cita que siempre se da. Como señaló Agamben (2011): “la llave de lo moderno está escondida en lo inmemorial y en lo prehistórico” (p. 17). O como decía un sabio hace mucho tiempo: “No hay nada nuevo bajo el sol”.

En este estudio, nos acercaremos a la sutil y poderosa distinción –y separación– de algo que parece inseparable, pero que no solo Rancière es capaz de iluminar: los bordes de la política y lo político, dos partes de un todo, dos partes que se juegan por el todo y dos partes que nunca serán el todo.

2. La política

La política, en su manifestación más profunda y esencial, trasciende la mera gestión burocrática para encarnar el orden establecido por las instituciones que estructuran nuestra convivencia colectiva. Es la materialización de lo político en forma de normas, procedimientos y estructuras que regulan y organizan la vida en sociedad. Desde ese punto de vista, la política no se limita a la administración de recursos o la toma de decisiones, sino que constituye la institucionalización misma de las relaciones de poder y los sistemas de representación (Rancière, 2003). Es el entramado que teje la trama de lo público, definiendo los límites y posibilidades de la acción colectiva mediante la distribución del espacio y el tiempo social. En cada ley promulgada, en cada deliberación institucionalizada, se manifiesta el ejercicio concreto del poder y la configuración de las condiciones que determinan la vida común.

La política no se limita únicamente a la administración y regulación de los asuntos públicos, sino que también implica la construcción y legitimación del orden social mediante la creación de instituciones y la promulgación de leyes. En este sentido, las instituciones políticas no son meros instrumentos neutrales, sino que reflejan y perpetúan ciertos intereses y valores que configuran la estructura misma de la sociedad. A través de la institucionalización, se establecen formas de autoridad y jerarquía que determinan quién puede participar en el proceso político y en qué

condiciones. Este proceso de institucionalización no solo define el marco dentro del cual se desenvuelven las interacciones sociales y políticas, sino que también define los límites de lo que se considera legítimo y aceptable en el ejercicio del poder público (Rancière, 2003)

Para Rancière (2003), la política cumple un rol policial cuando se convierte en un mecanismo de exclusión y control que refuerza las desigualdades existentes. Cuando la política actúa de esta manera, en lugar de abrir espacios para la participación igualitaria y la emancipación, perpetúa estructuras de dominación que limitan las posibilidades de cambio y transformación social. De esa manera, la política domina, sobre todo: su institucionalización y la garantía del orden se convierten en claves para la hegemonía de su poder.

Rancière (2003), ante este orden que la política pretende alcanzar por medios policiales, se sitúa en sus bordes y nos recuerda ese olor a mar:

(...) la política no tiene arkhé. En el sentido estricto anarquía. Es lo que indica el mismo nombre de democracia. Como lo ha recalado Platón, la democracia no tiene arkhé, no tiene medida. La singularidad del acto del demos, un kratein en lugar de un arkhein, atestigua de un desorden o equivocación originaria.

La política, en su origen, surge del caos y la contingencia; no está predefinida por un orden establecido, sino que emerge de las interacciones y conflictos humanos. Este carácter caótico y disruptivo es precisamente lo que la política busca negar a toda costa al institucionalizarse y consolidarse como un sistema de normas y estructuras. Sin embargo, este intento de negar su propio origen caótico y contingente es paradójico, puesto que la política genuina no solo debe reconocer, sino también abrazar esta naturaleza dinámica y cambiante para poder responder adecuadamente a las demandas de justicia, igualdad y emancipación.

En este contexto, Rancière (2007) manifestó: “El uso de la promesa ha llegado a su fin”. La política ha experimentado una transformación radical en el uso de las promesas. Lo que alguna vez fue un recurso vital para inspirar confianza y esperanza en el futuro, hoy se ve socavado por un exceso de promesas vacías y un desencanto generalizado. La secularización de la política hacia lo político ha despojado a las promesas de su aura de poder y felicidad, revelando su incapacidad para cumplir con las expectativas de progreso y bienestar. Este cambio ha llevado a una especie de homicidio de la promesa, donde las ilusiones del futuro han sido desmitificadas y desgastadas por la realidad del presente (Rancière, 2007).

En este nuevo paradigma político, la orientación hacia el futuro y lo allende se ha denunciado como un lastre del pasado. La “nueva política” prefiere apartarse del antiguo corpus filosófico y cultural que sustentaba las promesas de cambio y mejora continua. En su lugar, emerge una política que no promete, sino que previene; una política que se centra en evitar el peor escenario

posible más que en ofrecer un futuro prometedor (Rancière, 2007). La llamada a la reunificación y el uso racional de la palabra se convierten en herramientas esenciales para evitar la desintegración social y la confrontación abierta.

Bordeando la política, nos encontramos en un cruce de caminos donde la promesa ya no constituye el medio principal para movilizar y persuadir a las masas. En su lugar, se impone una retórica que apunta a la estabilidad y la prevención del conflicto interno, utilizando un lenguaje más moderado y cauteloso (Rancière, 2007). Este cambio refleja una maduración en la conciencia política, donde las utopías futuristas y las promesas grandilocuentes son reemplazadas por una gestión más pragmática y realista de los asuntos públicos.

La promesa de lo peor, tejida con palabras y esperanza, constituye un acto de fe en la capacidad de las letras para transformar la realidad. Sin embargo, en la práctica, las palabras escritas sobre el papel nunca pueden captar plenamente la complejidad y la dinámica del mundo real. Aun así, para nuestra sociedad, la palabra escrita y firmada sigue siendo fundamental, simbolizando compromisos y promesas que delimitan el curso de nuestras vidas colectivas (Rancière, 2007). Los críticos más escépticos de la política suelen verla como un mero espectáculo, una arena donde intelectuales y líderes se involucran superficialmente, sin asumir compromisos auténticos. Este arte —arcaico para algunos— ha sido secularizado y desmilitarizado, reducido a una búsqueda utilitaria de éxito y poder.

La política refleja una tendencia contemporánea hacia la eficiencia y la maximización de resultados (Agüero, 2024). Este enfoque, de corte positivista, corre el riesgo de despojar a la política de su capacidad intrínseca para inspirar y movilizar a las sociedades hacia ideales más elevados de justicia y participación democrática. La lucha entre el simbolismo político y la práctica efectiva resuena como un desafío constante en la contemporaneidad, donde la promesa de lo peor puede coexistir con la esperanza de lo mejor en el discurso de la política (Soto, 2020).

La política, en su esencia, a menudo se enfrenta a la paradoja de intentar resolver los asuntos públicos mientras simultáneamente intenta silenciarlos o minimizarlos (Rancière, 2007). En sus exposiciones, Rancière retoma a Aristóteles para destacar la diferencia entre el *demos* —el pueblo con conciencia cívica—, y el *ochlos* —la muchedumbre dominada por el deseo y la pasión—. Esta distinción es crucial para entender el debate sobre lo justo y lo injusto en la ciudad. En cualquier sociedad, ricos y pobres coexisten bajo una separación que parece insalvable, ya sea dentro de sistemas democráticos u oligárquicos.

Siempre existen ricos y pobres; esta distinción de desigualdad persiste en todas las formas de organización social. En este contexto, la política busca un término medio, distribuyendo

derechos y responsabilidades. Sin embargo, esta visión idealista a menudo choca con la realidad, donde la utopía se mantiene distante del pragmatismo cotidiano (Rancière, 2007). Este término medio implica un delicado equilibrio entre justicia social y orden institucional, un balance que frecuentemente es más aspiracional que práctico. La tensión entre *demos* y *ochlos* revela las limitaciones de las formas políticas actuales, forzándonos a reevaluar la viabilidad de una verdadera igualdad democrática.

El desafío de la democracia radica en su demanda de participación activa, un compromiso que requiere tiempo y energía que muchos no pueden permitirse. El centro político, aunque fundamental para el funcionamiento democrático, está inaccesible para aquellos atrapados en la rutina del trabajo diario (Rancière, 2007). Esto conduce a una forma que Rancière denomina “democracia rural”, donde las personas prefieren trabajar y asegurar su sustento antes que involucrarse en procesos de la política que consideran una pérdida de tiempo. Como resultado, la política se ve obligada a organizar su propia deflación, diluyéndose en una negación de su propia esencia y cediendo terreno a la esfera privada, donde el despotismo y los intereses personales prevalecen.

La desconexión entre teoría democrática y práctica cotidiana refleja un fracaso institucional en involucrar efectivamente a los sujetos políticos, lo que socava la legitimidad democrática y fortalece la apatía política. Por esta razón, la política se despliega sobre sí misma (Rancière, 2007).

La tendencia a despolitizar los asuntos públicos es, paradójicamente, una estrategia antigua de la política misma. Esta despolitización conduce a un debilitamiento de la participación política y el fortalecimiento de la tiranía y los intereses privados. Cuando la política se refugia en la esfera privada, acaba por negar su propio propósito, alejándose de la utopía democrática y abrazando una forma de realismo que es, en sí misma, una configuración utópica del telos. Este realismo no rechaza la utopía, sino que busca reencontrar la razón en medio de las cruces del presente, intentando mantener viva la esperanza de un sistema más justo y equitativo (Rancière, 2007).

En este contexto, Rancière (2007) propone una dialéctica entre utopía y realidad como herramienta crítica para entender y desafiar las estructuras de poder actuales, proponiendo nuevas formas de participación y resistencia política que reafirmen el valor de lo político en la vida cotidiana.

3. Consenso razonable y disenso radical: Rancière en diálogo con Rawls y Mouffe

En el intento por desentrañar la compleja relación entre lo político y la política, y particularmente en la crítica de Rancière a la lógica del consenso, resulta iluminador poner en diálogo su pensamiento con el de John Rawls –uno de los principales exponentes del liberalismo político contemporáneo–, así como con la crítica posmarxista de Chantal Mouffe. Este contrapunto permite entender con mayor profundidad los límites y alcances de la institucionalización del conflicto, así como las formas posibles de su reconocimiento sin neutralización.

Rawls reconoce que el pluralismo razonable –esto es, la coexistencia inevitable de diversas doctrinas morales, religiosas y filosóficas en sociedades democráticas– constituye un dato permanente de la condición moderna y “rasgo permanente de la cultura pública democrática” (Rawls, 2019, p. 66)¹. A partir de este reconocimiento, Rawls propone la idea de un *overlapping consensus*: un consenso político que no requiere unidad doctrinal, sino un acuerdo sobre principios básicos de justicia que puedan aceptarse desde distintas concepciones comprensivas de la vida buena. Este consenso razonable, lejos de ser una forma de clausura, es pensado como una estructura normativa que permite modular el disenso, evitando que derive en violencia o exclusión sistemática.

En este sentido, el liberalismo rawlsiano reconoce el conflicto como un elemento estructural de la democracia, pero busca mantenerlo dentro de límites que permitan la estabilidad de una sociedad justa. De ese modo, se puede afirmar que el consenso no es el fin de la política, sino su condición de posibilidad: una forma de cooperación política que respeta la pluralidad, siempre que se manifieste de forma razonable (Rawls, 2019).

La distancia con Rancière es aquí evidente. Para este último, el consenso no es más que una estrategia policial, una forma de clausura de lo político. Allí donde Rawls busca un acuerdo que sostenga las instituciones justas, Rancière percibe un dispositivo de exclusión que niega el disenso constitutivo de lo político. Mientras que el disenso rawlsiano es razonable, canalizable y sujeto a reglas compartidas, el disenso rancieriano es radical, disruptivo, sin lugar propio, encarnado por quienes no cuentan ni son contados. La política, en su sentido más puro para Rancière, emerge precisamente cuando estos sujetos irrumpen sin aviso en el escenario público, reconfigurando el

¹ Adela Cortina ha insistido en la necesidad de distinguir entre éticas de máximos –ligadas a concepciones particulares del bien, ya sean religiosas, filosóficas o ideológicas– y una ética cívica de mínimos, que permita la convivencia democrática entre personas que piensan y viven de forma muy distinta (Cortina, 2014, pp. 133-144).

reparto de lo sensible. En este marco, lo político no necesita ser razonable ni ajustarse a ningún marco institucional previo: su fuerza reside en su contingencia.

Esta diferencia encuentra un eco particularmente agudo en la crítica de Chantal Mouffe, quien desde una posición cercana a Rancière ha cuestionado la pretensión rawlsiana de domesticar el conflicto. En *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Mouffe (1999) sostiene que el liberalismo político transforma el antagonismo –propio de lo político– en un agonismo regulado, desactivando así su potencial transformador. Al imponer una racionalidad procedimental, el liberalismo excluye aquellas formas de disenso que no pueden traducirse al lenguaje del consenso. Tanto para Mouffe como para Rancière, toda política que niega el conflicto incurre en una forma de violencia simbólica, dado que invisibiliza las diferencias radicales en nombre de la neutralidad.

No obstante, la crítica de Mouffe también se distancia de Rancière en un punto decisivo: ella no rechaza la institucionalidad, sino que aboga por una democracia agonista, donde las instituciones reconozcan el conflicto sin anularlo. El objetivo no es eliminar al adversario, sino convivir con él en un campo de confrontación permanente. En contraste, Rancière parece más escéptico ante cualquier forma de estabilización, lo que lo lleva a acentuar el carácter excepcional y performativo de la política.

Este breve contrapunto entre Rawls, Mouffe y Rancière no busca resolver la tensión entre consenso y disenso, sino más bien mostrar que se trata de un problema estructural que atraviesa las democracias contemporáneas. Si Rancière denuncia la lógica del consenso como una forma de cancelación del conflicto, Rawls la piensa como una vía para garantizar condiciones mínimas de justicia que permitan el disenso legítimo. Por su parte, Mouffe tensiona ambos polos, proponiendo una reformulación institucional del antagonismo.

El desafío que emerge de este diálogo no es menor: ¿Puede la política institucionalizada alojar el disenso sin disolverlo? ¿Es posible un marco liberal que no neutralice lo político, sino que lo acoja como una fuerza viva y transformadora? Las respuestas no son unívocas, pero el reconocimiento mutuo entre estas posiciones –aunque parcial– podría abrir el horizonte hacia una democracia más robusta, capaz de sostener la diversidad sin convertirla en una forma de conformismo.

4. Lo político.

Navegamos así, sin rumbo, hacia los felices puertos del libre intercambio de mercaderías y deseos. Este viaje, aparentemente sin dirección, refleja la despolitización de la vida cotidiana, donde la política se reduce a la elección de la imagen publicitaria más atractiva de empresas que, en esencia, son casi idénticas. Esta reducción transforma la política en un mero acto de consumo, vaciando de significado la participación política (Rancière, 2007).

En este contexto, lo único que parece permanecer es el odio hacia el otro, un odio que sirve para reunir a unos pocos mediante la exclusión de muchos. Esta exclusión fomenta un clima de rechazo y animosidad, alejándonos cada vez más del verdadero sentido de lo político: la participación activa y la deliberación conjunta.

La despolitización ha llevado a que el tiempo se convierta en una huida constante hacia el futuro, donde el temor al atraso se percibe como el único mal posible. Bajo dicha perspectiva, la política se transforma en una carrera contra el reloj, en un intento desesperado por no “perder el tiempo”, entendido ahora como la medicina universal capaz de curar todos los males sociales (Rancière, 2007). Sin embargo, esta percepción de la política como una lucha temporal impide que se aborden las cuestiones fundamentales de la participación política y la construcción de un espacio común. La verdadera política, entendida como la participación activa de lo político, se realiza en la contingencia: en esos momentos de crisis y oportunidad que permiten redefinir el orden social y establecer nuevas formas de convivencia (Rancière, 2007).

Reflexionar desde los bordes de la política implica que los sujetos de la subjetivación no existen antes de la acción; es decir, no son identidades previamente constituidas, sino que se construyen y se revelan al crear la escena de su exposición (Soto, 2020). Quien participa no existe antes de la revuelta, el levantamiento o la ruptura. Por lo tanto, la subjetivación no se entiende como una reivindicación de una identidad común ni como una toma de conciencia de una situación de opresión, sino que se define en la propia acción mediante la cual una persona se separa de una distribución establecida.

En estos términos, la subjetivación es una capacidad colectiva para formar un mundo común, donde la desidentificación se convierte en el criterio fundamental para la ubicación política (Rancière, 2007). Lo político es esa manifestación que se da en la contingencia; es aquello que irrumpe y se impone, algo sin forma que, sin embargo, reúne todas las formas. Es lo que cuenta a los incontados y nombra a los innombrados (Rancière, 2007).

No obstante, lo político es también una masa de insignificantes que encuentra todo su significado en el estar juntos. Lo político es la base de toda la política, aunque no posea una base firme, pues está constituido por el caos: un caos hermoso y aterrador que se eleva y se desploma como una ola del mar.

La política, en su esencia más arcaica, ha evolucionado a lo largo de los siglos, transformándose de una actividad que se dedica a secularizar y desmilitarizar a lo político (Rancière, 2007). En su afán por maximizar las posibilidades de éxito, la política ha buscado eliminar de su seno todo aquello que no contribuya directamente a su eficacia y pragmatismo. Este proceso de secularización y reducción no solo ha disminuido el alcance de lo político, sino que también ha suprimido los antiguos símbolos que alguna vez dotaron a lo político de un sentido más profundo y comunitario (Soto, 2020). Lo que queda es una forma de ejercicio de lo político despojada de su riqueza simbólica: una práctica que, a través de su propia disminución, aspira a una mayor efectividad en la administración de la sociedad.

En esta búsqueda de ejercer el poder de manera más eficiente, la política ha optado por suprimir los símbolos tradicionales que alguna vez representaron la esencia de lo político (Castillo, 2021). Este acto de supresión no es meramente estético, sino que tiene profundas implicaciones en la manera en que el poder se manifiesta y se percibe (Rancière, 2007). Al eliminar estos símbolos, la política intenta rejuvenecerse constantemente, presentándose como siempre joven y adaptativa, aun cuando sus raíces son antiguas y su esencia, en muchos aspectos, permanece inalterada. Esta consumación de su propia vejez bajo la apariencia de juventud refleja una tensión constante entre la necesidad de cambio y la permanencia de las estructuras de poder. Como la política se adapta al tiempo que vive, modifica su lenguaje y su discurso. Mientras tanto, lo político parece haber quedado atrás, como si se hubiera quedado sin palabras para articular su propio discurso (Cornu y Vermeren, 2006; Rancière, 2006).

La política, en su afán por absorber todo lo político, a menudo niega su propio pasado, reescribiendo su historia y transformando su lenguaje para adaptarse a las exigencias del presente. Este proceso de negación y reinención funciona como una estrategia para instaurar un orden que evite a toda costa el desorden inherente a la naturaleza de lo político. Al cambiar su lenguaje y negar sus orígenes, Rancière (2007) alude que la política busca crear una ilusión de continuidad y estabilidad, intentando controlar la narrativa y moldear la percepción pública. Sin embargo, este esfuerzo por imponer el orden sobre el caos puede concebirse como un intento de contener las fuerzas disruptivas que son, en realidad, una parte intrínseca de lo político.

Vivimos en una marcada por la nostalgia del heroísmo de lo político y por el anhelo de una igualdad social más plena, nostalgia que se entrelaza con una profunda insatisfacción con el presente. El heroísmo de lo político, con su promesa de cambio y grandeza, ha sido reemplazado por un régimen de mínimo pensar y costumbres moderadas que, aunque corrige ciertas desigualdades, no logra inspirar ni movilizar a lo político de la misma manera (Rancière, 2007). Esta nostalgia revela un deseo de recuperar un tiempo en el que la política no era solo un medio para gestionar lo cotidiano, sino una arena de grandes gestos y sacrificios, donde la igualdad política no solo se proclamaba en las leyes, sino que se vivía en las calles y en las almas de los individuos.

En la búsqueda de una sociedad más igualitaria, la política ha logrado asegurar la pacificación de los afectos políticos a través de la igualdad de condiciones. Este logro, aunque positivo en muchos aspectos, ha llevado a la polimerización de los afectos, diluyendo las distinciones que alguna vez definieron la igualdad (Rancière, 2007). La inflación de lo privado y la suavidad de las costumbres han apaciguado las pasiones violentas que surgían de las distancias sociales y políticas. Una atomización de la vida privada. Sin embargo, este apaciguamiento ha venido a costa de la desaparición de un afecto profundo y colectivo por la causa política, transformando la política en un espectáculo triste para aquellas almas elevadas que recuerdan y anhelan los días de la política heroica (Rancière, 2007).

En este contexto de nostalgia y transformación, la política se enfrenta a una utopía peculiar: aquella en la que el goce individual universal se ha convertido en el emblema de nuestra era. Bajo este nuevo régimen, todos necesitan de todos, y todo aquello que se anuncia bajo el emblema del placer privado es permitido y buscado (Rancière, 2007). Esta embriaguez de los placeres privados se encuentra en tensión con la moral de la igualdad, creando una mezcla heterogénea de valores y aspiraciones.

En esta utopía, la política lucha por encontrar su lugar, intentando reconciliar el deseo individual con el bien común, en un esfuerzo constante por redefinir lo que significa vivir juntos en igualdad y libertad. Se trata de vivir una vida en común para poder tener una comunidad; sin embargo, este ideal parece cada vez más lejano, reducido al recuerdo de una promesa que ya no moviliza (Rancière, 2007). Al respecto, Rancière (2007) precisó lo siguiente:

Navegamos así rumbo a los felices puertos del libre intercambio de mercaderías, cuerpos y de candidatos. Pero en este mundo toda felicidad toca a su fin, incluso aquella felicidad del fin. Las utopías realistas se encuentran sometidas, como las otras, a la sorpresa de lo real. (p. 46)

En estos bordes por donde navega lo político, es muy fácil encallar en las arenas movedizas de la política. Es esta última la que se encarga de asegurar que el libre intercambio comercial

continué, transformando a lo político en un mero consumidor. Al realizar este sutil desplazamiento –de sujeto político a consumidor–, lo político se vuelve dependiente del mercado y de las condiciones que este impone. Este libre mercado somete a su consumidor y lo orienta hacia sí mismo. Esto es, precisamente, lo que la política ha hecho con lo político. Lo político no se ha dado cuenta de este cambio que ha hecho la política desde hace mucho tiempo. Es todo un proceso que ha decantado en la despolitización de lo político (Rancière, 2007).

El borde de la política es también el punto ciego de una filosofía que con frecuencia resulta más realista de lo que pretende. En la polis, la naturaleza política del hombre y la división entre ricos y pobres coexisten en una tensión perpetua (Rancière, 2007). El hombre, como animal político por excelencia, manifiesta un deseo recurrente de guerra, un reflejo del estado de soledad y conflicto colectivo que define su existencia en un mundo compartido (Rancière, 2003). Este estado de tensión suele surgir del resentimiento hacia lo que otro posee, convirtiendo a la sociedad en una masa ignorante, semejante a una jauría de diferencias. Aquí entra en escena la antigua y siempre joven traición llamada “metafísica”, con su capacidad para reunir y excluir, utilizando el odio como herramienta.

Aunque la política de hoy, según Rancière (2007), puede reducirse a una mera “cocina electoral”, esta crítica resuena con el eco del *Gorgias* de Platón, donde Sócrates cuestiona la retórica superficial y manipuladora que domina la política de su tiempo. Para Sócrates, la verdadera política no debería reducirse a un mero ejercicio de persuasión y seducción pública, sino que debe basarse en principios éticos y racionales que promuevan el bien común y la justicia. En este sentido, la crítica de Sócrates hacia la retórica y la manipulación política resonaría profundamente en la descripción de la política como una “cocina electoral” (Rancière, 2007).

A pesar de los esfuerzos por separarse de esta traición, la singularidad de la naturaleza humana persiste en impulsar a la política hacia el conflicto y la exclusión. Sócrates, en el *Gorgias*, sostiene que la verdadera política debe orientarse hacia la búsqueda de la verdad y la virtud, y no hacia la manipulación de las masas o la satisfacción de deseos temporales. De esa manera, la crítica socrática a la retórica política superficial resuena en el desafío actual de reconciliar la política como proceso electoral con lo político (Rancière, 2007).

A pesar de esta tendencia hacia la división y el conflicto, existe una profunda pasión por la unidad dentro de la naturaleza humana. La política puede intentar suprimir palabras y simplificar discursos, pero no puede silenciar los ladridos de la jauría (Rancière, 2007). La metafísica, con su promesa de comprender la singularidad y la totalidad, no puede eliminar la tensión inherente entre la necesidad de cohesión y la realidad de las diferencias.

La política, atrapada entre su aspiración a la unidad y la realidad del conflicto, se revela como una esfera en constante cambio, donde las fuerzas de inclusión y exclusión luchan por el dominio. Este conflicto, lejos de ser una anomalía, es un reflejo de la condición humana misma, un recordatorio de que la verdadera política no puede ignorar la complejidad y la diversidad de la vida en común (Rancière, 2007).

En ese orden de ideas, entender el poder del pueblo y la dinámica tumultuosa de las individualidades es adentrarse en el corazón mismo de lo político. Aquí, la pasión de cada uno que excluye y la agitada reunión de esos individuos aterrados se entrelazan en un tejido complejo de conflictos y solidaridades (Rancière, 2007). La igualdad genuina, según esta perspectiva, no radica tanto en la uniformidad como en la capacidad de deshacer las supuestas naturalidades impuestas por los órdenes establecidos. Es en el enfrentamiento directo, en la confrontación que históricamente ha sido conocida como la lucha de clases, donde se revelan los poderes contradictorios del Uno que niega la exclusión y el Dos que la revela y propicia el conflicto, cada uno contribuyendo a la conformación de la cultura política (Rancière, 2007).

El olvido de estas dinámicas por parte de Marx puede interpretarse como un olvido de la complejidad inherente a la política (Rancière, 2007). La realización pacífica de la razón –ya sea mediante el gobierno de los sabios o bajo un reinado democrático– supone una delicada danza entre el Uno, que busca pacificar las pasiones de la masa, y el Dos, que preserva la dualidad inherente a la sociedad. En esta dualidad residen tanto la potencialidad para el conflicto como para la cohesión social, destacando así la necesidad de un equilibrio que permita la convivencia y el progreso dentro de un marco político justo y equitativo.

La ineficacia del consenso como garantía del orden de lo político se evidencia cuando la democracia se reduce meramente a un acuerdo sobre qué forma de desigualdad es más aceptable para asegurar una distribución justa de poder y bienestar entre los menos privilegiados. Sin embargo, esta realidad efectiva de desigualdad contradice la pretensión de una democracia verdadera y equitativa (Rancière, 2007). La democracia, en este sentido, se convierte en una sombra de sí misma, incapaz de cumplir su promesa de igualdad y justicia social. Además, el individualismo que frecuentemente domina los procesos democráticos expone intereses opuestos a la solidaridad colectiva, exacerbando aún más las tensiones y desigualdades dentro del sistema político.

En este escenario, Rancière (2007) nos propone que la noción de libertad, en su esencia más profunda, opera como un vínculo dinámico entre lo común y lo propio, preservando su distancia ontológica. Este equilibrio no busca la uniformidad, sino una armonía que respeta la singularidad de cada componente. En esta utopía de la libertad, se vislumbra una vida exenta de

coerción y sospecha, donde el individuo puede desarrollarse plenamente sin temor a la represión. Sin embargo, para el animal político, esta ausencia de coerción y sospecha representa más que una condición ideal; es el suelo fértil donde florecen las interacciones sociales y políticas, revelando la complejidad inherente a la condición humana en su búsqueda constante de autenticidad y comunidad (Rancière, 2006).

A su vez, Rancière alude a Platón al señalar cómo la democracia se transformó en un mercado de constituciones, ofreciendo a cada individuo la oportunidad de elegir entre diversas formas de gobierno. El político que se entrega a la lógica de la política, según esta lectura platónica, es aquel capaz de complacer tanto al oligarca en el ejercicio del poder como al demócrata en su vida cotidiana. Este juego de perspectivas no solo desestabiliza las certezas ideológicas, sino que también invita a una reflexión profunda sobre la naturaleza del poder y la legitimidad en la esfera pública (Rancière, 2007).

En ese sentido, la práctica democrática se ve atravesada por un pensamiento de la sospecha, que desenmascara las contradicciones y revela las verdaderas dinámicas de dominación y resistencia de lo político hacia la política. De acuerdo con Rancière (2007), la práctica democrática ha sido sustituida por el pensamiento de la sospecha, del cual surge un doble discurso: un dogmatismo de la verdad escondida y un escepticismo del desconocimiento necesario.

En la praxis de la política, la sospecha emerge como una herramienta filosófica esencial para desentrañar las estrategias de manipulación y control ideológico. Este enfoque crítico no solo cuestiona las narrativas hegemónicas, sino que también promueve una ciudadanía vigilante y comprometida con la transparencia y la rendición de cuentas. La democracia, lejos de ser un consenso estático y uniforme, se revela como un espacio de conflicto, donde la diversidad de opiniones y la confrontación de ideas son fundamentales para la vitalidad del proceso democrático (Rancière, 2007). En última instancia, el pensamiento de la sospecha interpela a lo político a ser crítico frente a las estructuras de poder establecidas y a participar activamente en la construcción de un orden político más justo y equitativo.

La convergencia y la contingencia entre lo político y la política dan lugar al surgimiento del sujeto político. Según Rancière (2003), este juego político solo puede desarrollarse en el caos generado por dicha contingencia; por ello, afirma que en el Edén no existía la necesidad de política. Es en el conflicto donde reside la verdadera esencia política, no meramente en los acuerdos que predominan en la política contemporánea. En la actualidad, las negociaciones se centran únicamente en alcanzar acuerdos que a menudo implican el olvido, la desacreditación o incluso la

invisibilización del otro. Se olvida que es precisamente el encuentro, la contingencia y el conflicto inherentes a lo político lo que verdaderamente genera política.

Asimismo, Rancière nos recuerda que la idea y la práctica de la emancipación de los trabajadores en la Francia del siglo XIX plantean un dilema fundamental sobre la igualdad: ¿Realmente son iguales todos los franceses? Las afirmaciones jurídico-políticas en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (DUDH) pueden parecer ilusiones, puesto que la igualdad proclamada a menudo solo disfraza la realidad de la desigualdad política (Rancière, 2007). Esta frase igualitaria no es simplemente una abstracción vacía; posee un poder inherente que se verifica a través de los actos individuales. La igualdad social, aunque no abarque toda la igualdad, representa una forma de vivir la relación dinámica entre igualdad y desigualdad, desplazándola positivamente. En este contexto, Emanciparse implica salir de la minoría y afirmarse como copartícipe de un mundo común. Esa es precisamente la tarea del sujeto político que emerge en el seno de lo político.

La frase igualitaria no es simplemente una pura nada: una frase posee el poder que se le otorga. Su validez se verifica en los actos que cada individuo realiza por sí mismo. La igualdad social, aunque no agota el concepto complejo de igualdad, constituye una forma de vivir la relación entre igualdad y desigualdad; una manera de experimentarla y, al mismo tiempo, de desplazarla de manera positiva. En este sentido, emanciparse no implica escindirse ni separarse, sino afirmarse como copartícipe de un mundo común (Rancière, 2007). Es integrarse a lo político para poder mirar a los ojos a la política.

5. ¿Puede el liberalismo reinventarse desde los bordes?

Las críticas de Rancière a la política institucionalizada –su tendencia a transformarse en una “cocina electoral”, su despolitización del conflicto y su absorción de lo político por el orden policial– pueden parecer, a primera vista, incompatibles con los marcos liberales. Sin embargo, una lectura más matizada permite preguntarse si estas mismas críticas no podrían alimentar una autocrítica liberal, una revisión interna que refuerce las condiciones para una democracia genuinamente plural y abierta.

El liberalismo político contemporáneo, en su forma dominante, ha sido acusado de asfixiar el conflicto en nombre de la estabilidad. No obstante, voces como las de Nancy Fraser (1997) han insistido en que una democracia viva no puede limitarse a regular la participación, sino que debe ampliarla hacia formas no convencionales, situadas en los márgenes de las instituciones. En este sentido, las interrupciones de lo político que Rancière describe –el grito, la irrupción, la

subjetivación del que no cuenta— no tendrían por qué ser descartadas por el liberalismo. Más bien, podrían funcionar como potencia correctiva, como recordatorios constantes de los límites de la representación política, del silenciamiento estructural y del carácter excluyente de muchas prácticas institucionales.

Desde otra perspectiva, Bernard Williams (2005), filósofo político británico, puede percibirse como un punto de cruce fértil entre la crítica rancieriana y el realismo liberal. Para Williams, toda política legítima debe responder a una exigencia básica de justificación ante los gobernados. Esta exigencia, más allá de ser un procedimiento técnico, implica una apertura al conflicto, a la pluralidad de voces y a las condiciones materiales e históricas desde las que se formula cualquier reclamo de justicia. En este escenario, las prácticas de lo político que interrumpen la normalidad liberal no son necesariamente amenazas: son señales de falla, advertencias normativas de que algo en el orden político necesita ser revisado o reconfigurado.

La pregunta, entonces, no es si el liberalismo puede sobrevivir al disenso, sino si puede aprender de él. En lugar de concebir el disenso como anomalía, el liberalismo podría incorporarlo como parte esencial de su vitalidad democrática. Esto implicaría no solo tolerar el conflicto, sino institucionalizar formas que lo reconozcan y lo hagan visible, sin neutralizar su capacidad transformadora. En esta línea, formas deliberativas de participación, presupuestos participativos, foros de subjetivación colectiva o prácticas de protesta social podrían pensarse no como fallas del sistema, sino como expresiones saludables de un orden político que se sabe incompleto y dispuesto a escuchar a sus márgenes.

Por consiguiente, el borde deja de ser un límite para convertirse en una frontera porosa, un lugar donde el liberalismo puede reconectarse con su promesa igualitaria y emancipadora, despojándose de la rigidez tecnocrática que lo ha acompañado en las últimas décadas. Rancière, desde su radical disenso, no destruye al liberalismo: lo desafía a pensarse de nuevo. Y esa, quizás, sea la tarea más urgente de la filosofía política en nuestro tiempo.

6. Conclusión

Ante este panorama, se vuelve crucial discernir entre lo político y la política. Lo político constituye la base dinámica y contingente de la política; es el espacio del conflicto, de la irrupción de quienes no tienen parte, de la subjetivación que desordena y reconfigura lo visible. Por su parte, la política representa la forma institucionalizada de ese desorden, su intento de estabilización mediante procedimientos, leyes y marcos de representación. Sin embargo, esta distinción no debe

leerse como una separación tajante, sino como una tensión constitutiva: lo político interrumpe, la política encauza; lo político descentra, la política reordena. Cuando esta tensión se debilita, y la política se independiza de lo político, se produce una forma de clausura que empobrece la vida democrática.

Este ha sido uno de los riesgos del liberalismo contemporáneo: su tendencia a neutralizar el conflicto en nombre del consenso. No obstante, como se ha explorado en el diálogo con Rawls, Mouffe y Williams, en el seno del pensamiento liberal existen formas de receptividad hacia el disenso. El *overlapping consensus* rawlsiano, si bien busca estabilidad, no excluye el pluralismo razonable ni la posibilidad de críticas radicales; la democracia agonista de Mouffe reclama instituciones abiertas al antagonismo; y la exigencia de justificación de Williams ofrece un criterio normativo para legitimar el poder desde abajo.

Desde esta perspectiva, las críticas de Rancière no deben interpretarse como una negación absoluta del marco institucional, sino como un llamado urgente a su reapertura, a su reformulación constante desde los márgenes. La figura del sujeto político –aquel que no era contado y se hace visible– no puede ser ignorada por ningún proyecto democrático serio. La política, si quiere recuperar su vitalidad, debe hacer espacio para estas formas de interrupción, sin apresurarse a integrarlas en lógicas de representación vacías.

Por esta razón, lo político no debe reducirse a un grito sin destino, ni la política a una maquinaria autorreferencial. La transformación comienza cuando lo político recupera su capacidad de enunciarse, de articular discursos, de proponer horizontes sin renunciar a su naturaleza conflictiva. Pero también comienza cuando la política reconoce que no puede hablar por todos, que necesita desbordarse, interpelarse y corregirse desde sus márgenes.

Revitalizar esta tensión es esencial. En los bordes de lo político y la política, donde las olas del tiempo erosionan nuestras certezas, no solo se gesta la crítica, sino también la posibilidad de reinención democrática. Es allí donde el liberalismo puede reencontrarse con su promesa original –la de una igualdad activa, plural y vigilante– y donde la democracia deja de ser un procedimiento para convertirse en una práctica común. En el borde se cruzan la contingencia y el compromiso, el conflicto y la esperanza. Y es allí, precisamente, donde aún puede surgir lo nuevo.

Referencias

AGAMBEN, G. **¿Qué es ser contemporáneo?** Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011. [Ensayo original publicado en 2007 a partir del curso de filosofía que Giorgio Agamben dictó en el Instituto Universitario de Arquitectura de Venecia].

AGÜERO, J. El infierno de las humanidades: La fobia “aplicada” de Sebastián Edwards. En: *Le Monde diplomatique*, edición chilena, 15 de mayo de 2024. Available at: <https://www.lemondediplomatique.cl/el-infierno-de-las-humanidades-la-fobia-aplicada-de-sebastian-edwards-por.html>. Accessed on: 12 jun. 2025.

CASTILLO, K. Política de la imaginación: ficción, disenso y el tiempo de la emancipación en Jacques Rancière. **En-Claves del Pensamiento**, v. 15, n. 29, p. 86-104, 2021. DOI: 10.46530/ecdp.v0i29.409. Available at: <https://www.enclavesdelpensamiento.mx/index.php/enclaves/article/view/409>. Accessed on: 12 jun. 2025.

CERLETTI, A. La política del maestro ignorante: la lección de Rancière. **Educação & Sociedade**, Campinas, v. 24, n. 82, p. 299–308, 2003. Available at: <https://doi.org/10.1590/S0101-73302003000100021>. Accessed on: 12 jun. 2025.

CORNU, L.; VERMEREN, Patrice. **La philosophie déplacée. Autour de Jacques Rancière, Actes du colloque de Ce-risy**. París: Horlieu, 2006.

CORTINA, A. **Alianza y contrato. Política, ética y religión**. Madrid: Trotta, 2014.

FRASER, N. **Justice Interruptus. Critical Reflections on the “Postsocialist” Condition**. New York: Routledge, 1997.

MOUFFE, C. **El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical**. Barcelona: Paidós, 1999.

RANCIÈRE, J. **Aux Bords du politique**. París: Osiris, 1990.

RANCIÈRE, J. Le ressentiment anti-esthétique. **Magazine littéraire**, n. 414, pp. 18-21, 2002.

RANCIÈRE, J. **El desacuerdo. Política y filosofía**. Barcelona: Laertes, 2003.

RANCIÈRE, J. **El inconsciente estético**. Buenos Aires: Del Estante, 2005.

RANCIÈRE, J. L’usage des distinctions. **Failles**, n. 2, pp. 6-20, 2006.

RANCIÈRE, J. **En los bordes de lo político**. Buenos Aires, La Cebra, 2007.

RANCIÈRE, J. **El reparto de lo sensible**. Santiago de Chile: LOM, 2009.

RANCIÈRE, J. **En los bordes del cine**. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.

RANCIÈRE, J. **Les bords de la fiction**. París: Editions du Seuil, 2017.

RANCIÈRE, J. **El maestro ignorante**. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996.

RAWLS, J. **El liberalismo político**. Barcelona: Crítica, 2019.

RAWLS, J. **Teoría de la justicia**. México: Fondo de Cultura Económica, 2021.

RUBY, C. **Rancière y lo político**. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010.

SOTO, A. Los bordes de la representación. **Theory Now. Journal of Literature, Critique, and Thought**, v. 3, n. 1, p. 30–49, 2020. Available at: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/TNJ/article/view/11368>. Accessed on: 12 jun. 2025.

WILLIAMS, B. **In the Beginning Was the Deed: Realism and Moralism in Political Argument**. Princeton: Princeton University Press, 2005.